

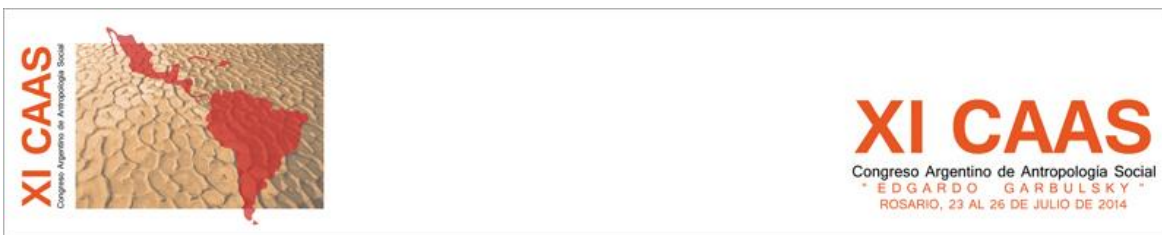
Estar-en-el-yerbal. La conformación de subjetividades tareferas.

Roa, María Luz.

Cita:

Roa, María Luz (2014). *Estar-en-el-yerbal. La conformación de subjetividades tareferas*. XI Congreso Argentino de Antropología Social, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-081/1197>



XI Congreso Argentino de Antropología Social

Rosario, 23 al 26 de Julio de 2014

GRUPO DE TRABAJO 54: Antropología de y desde los cuerpos

TÍTULO DE TRABAJO: Estar-en-el-yerbal. La conformación de subjetividades tareferas.

1

María Luz Roa. CONICET – Instituto de Investigaciones Gino Germani - UBA

ESTAR-EN-EL-YERBAL

LA CONFORMACIÓN DE SUBJETIVIDADES TAREFERAS

I. Introducción

En la provincia de Misiones se produjo una extensión los barrios periurbanos desde la década del '90, en donde se concentraron familias que dependen del trabajo en la cosecha de yerba mate (*tarefa*¹), changas urbanas o migra hacia las grandes urbes de Buenos Aires. En el marco de tales procesos, los jóvenes son la primera generación que se socializó en estos nuevos espacios, por lo que me resulta significativo indagar sobre los cambios y continuidades en sus subjetividades.

La presente ponencia se pregunta por los caminos hacia la constitución del “ser tarefero” que emprenden los jóvenes de estas familias. Localmente “ser tarefero” es algo ontológicamente diferente a simplemente *tarefear*, es decir, el ser es algo que excede a la mera práctica. ¿Qué es el ser *tarefero*? ¿Cómo en el transcurso de la experiencia se objetiva esta manera de ser? ¿Cómo se llega a “ser *tarefero*” en la actualidad?

Para responder a estas preguntas realizo una descripción fenomenológica del estar-en-el-yerbal y contemplo las manifestaciones de exclusión, discriminación y rechazo dirigidas a los cosecheros de yerba mate que resignifican injuriosamente sus prácticas. Los presentes hallazgos provienen de datos construidos durante ocho trabajos de campo en las ciudades de Oberá y Montecarlo entre 2008 y 2013.

II. La experiencia tarefera. Alquimias corporales.

La cosecha de yerba mate es uno de los empleos con mayor estabilidad de los barrios periurbanos de Misiones que concentran trabajadores agrícolas, ya que se realiza entre

¹ Tarefa: palabra en portugués que se traduce como tarea, quehacer, ocupación, corte, arduo o destajo. En la región del Noreste de Argentina se utiliza el verbo tarefear para denominar la cosecha manual de yerba mate.

marzo a septiembre, y durante el mes de diciembre. La misma está ligada a la contratación de intermediarios contratistas de mano de obra y a condiciones precarias de trabajo²; y consiste en el corte de las ramas de la planta *Ilex-Paraguariensis* con serrucho, con tijera o a mano (según el corte requerido por el colono) (foto1), la quebranza de las mismas (foto 2), la separación de las ramas verdes de la planta del palo grueso, su acumulación en la ponchada (bolsón de arpilleda) y el armado de raídos -cuando la ponchada se ata formando bolsones de 100 kilos- (foto 3), los cuales se cargan a) a muque: entre varios *tareferos* hasta el camión (foto 4); o b) con un guinche del camión que levanta el raído hacia el mismo con la ayuda de dos *tareferos*.

Considerando que el cobro de la *tarefa* es a destajo por cantidad cosechada-, la misma requiere de la suficiente destreza en el corte, quebranza y armado del raído; la fuerza que permita la carga de ponchadas de 50kg a 70kg, y de raídos de 100kg a 120kg; y la rapidez necesaria para extraer la cantidad de hoja verde que alcance el jornal. *Tarefear* no es simplemente cortar las ramas de la planta y quebrarlas. Es saber cómo cortar la planta para que no se seque con las heladas posteriores; cómo quebrarla rápidamente y arrojarla en la ponchada de manera que no se queme con el contacto en el suelo; cómo no mezclar las hojas de yerba mate con las de los pinos y coníferas en aquellos yerbales con plantaciones mixtas; cómo atar los raídos con la suficiente precisión para cargarlos posteriormente en el camión sin que se desarmen; cómo desatarlos rápidamente desde lo alto de la carga del camión; cómo moverse de manera más rápida y menos cansadora entre las líneas de yerbales que bifurcan el amplio monte, evitando hundirse en los hormigueros³ o huecos de tatú entre las *capoeiras*⁴; cómo

² En la actualidad existen dos modalidades de cosecha de yerba mate: 1) aquella en la que se va y vuelve durante el día a cosechar a fincas cercanas a las ciudades. En esos casos el camión del contratista recoge al amanecer a los tareferos de sus casas en los barrios y los vuelve a llevar al atardecer. 2) Y la modalidad de campamento, extendida en la región a partir de la llamada "crisis de la yerba" de los años '90, implica que la cuadrilla se instale en campamentos a los bordes de los yerbales durante 15 días. La segunda de ellas -mayormente extendida en la zona norte de la provincia- se vincula a condiciones de trabajo más precarias que la primera (ver Roa, 2013).

³ Una mañana del 2012 estaba ayudando al Tuti quebrando las ramas que cortaba con la tijera, mientras me explicaba cómo se hacía el corte. El Tuti rápidamente *tarefeaba* planta por planta entre los yuyos de las líneas del amplio yerbal. Cuando cambiamos de planta metí mi pié en un hormiguero sin darme cuenta, y en cuestión de segundos grandes hormigas se me subieron por la pierna generándome una

economizar el capital corporal estratégicamente durante la jornada o quincena según la necesidad económica personal que se tenga, el tipo de yerbal, el tipo de corte, el clima del día, “el raleo” corporal –es decir, cómo uno se siente físicamente en el día- y el estado anímico. La práctica *tarefa* implica así por un lado un equilibrio sinérgico entre la fuerza necesaria para serruchar la planta, cargar el raído, y quebrarla, con la delicadeza de la poda que requiere de un cuidado de la planta; y por otro, la concentración emocional dentro del ámbito intersubjetivo de la cuadrilla, de manera tal de no ponerse *caigüé*⁵ y que rinda el trabajo del día.

En el presente apartado me detengo a analizar la conformación de un saber hacer tarefero que constituye una manera de ser *tarefa*. La fenomenología nos da una marco para dar cuenta de esta alquimia de la experiencia, un comienzo existencial desde donde comenzar la descripción: si queremos captar la experiencia primigenia del estar-en-el-mundo previa al pensar, previa a la reflexión, previa a la objetivación, es menester abocarnos en primera instancia al cuerpo desde su preobjetividad (Csordas, 2011), a la relación práctica cuerpo-mundo dada por el *habitus* y desde allí comprender el cúmulo experiencial que agrupamos como cuerpo-práctica-emoción. Podríamos describir estas dimensiones como anillos concéntricos en los que se da nuestra percepción, práctica y sentir en el mundo; las cuales son inherentes a nuestra relación cuerpo-mundo y presentan diferentes grados de objetividad. Claro está que en la

tremenda picazón. El Tuti rió y me dijo “*Luz, ya está bautizada*” y con unos golpecitos con las ramas sacó las hormigas de mis piernas. Mis piernas quedaron picadas por las hormigas, mis manos y brazos por los insectos que pululan hacia las 11 de la mañana en el yerbal. Ahí comprendí que existe una percepción corporal en el monte en el que el cuerpo va evitando numerosos obstáculos como los insectos, huecos de tatú, víboras, etc. Eh aquí la enorme diferencia entre mis interlocutores -inmersos en el monte desde una “comodidad” corporal que es una hexis *tarefa* en la que el cuerpo se encuentra a sus anchas en el yerbal-; y yo, una “gallo blanco” –como me decía Antonio, uno de los capataces- a quien le pican los insectos, se lastima constantemente las manos, se pone colorada por el sol, no sabe caminar entre los yerbales, etc. Yo sentía constantemente la “incomodidad” de estar-en-el-yerbal, mientras que ellos estaban “inmersos”.

⁴ Capoeira: término portugués que refiere a las malezas extendidas en las líneas de los yerbales. En los yerbales que cuentan con poco mantenimiento, las malezas llegan hasta las rodillas de los tareferos, dificultando la vista al suelo (y por ende la percepción visual de víboras, huecos de tatú, insectos del monte, profundos pozos hechos por la descomposición de las raíces de árboles talados, etc.

⁵ Caigüé: término guaraní referente a una persona con poco ánimo, cansada, desganada, decaída, triste.

experiencia este cúmulo se vivencia como una unidad práctica que a continuación desagregamos para nuestros fines analíticos.

Foto 1



Tarefero haciendo corte tipo melena con tijera.

Foto 2



Atrás: tarefera cargando raídos con carro.
Adelante: tarefero quebrando.

Fotografías de Diego Marcone. Abril del 2013.

Foto 3



Tareferos armando un raído. Fotografía de Diego Marcone. Montecarlo, mayo del 2012.

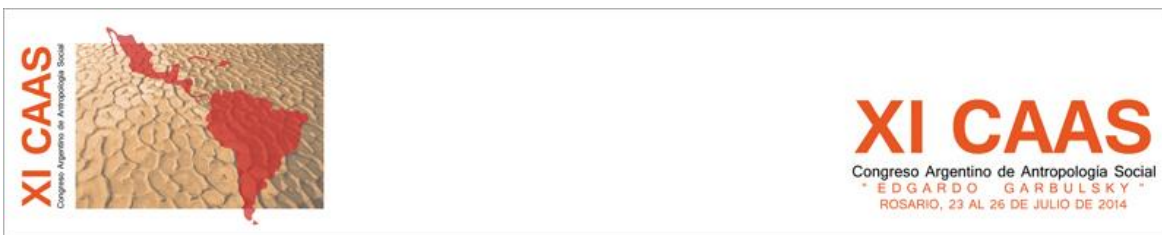
Foto 4



Carga a muque de raído. Fotografía de Diego Marcone. Montecarlo, abril del 2013.

II.1 La adquisición de una práctica y de un modo de “hallarse-en-el-yerbal”

En un contexto en el que la cosecha de yerba mate resulta un trabajo altamente informal y a destajo, resulta recurrente que el *tarefero* cuente con la “ayuda” del trabajo familiar de su cónyuge e hijos, de manera tal de incrementar la cantidad cosechada. Es por ello que, a pesar de estar vigente la prohibición del trabajo infantil desde el año

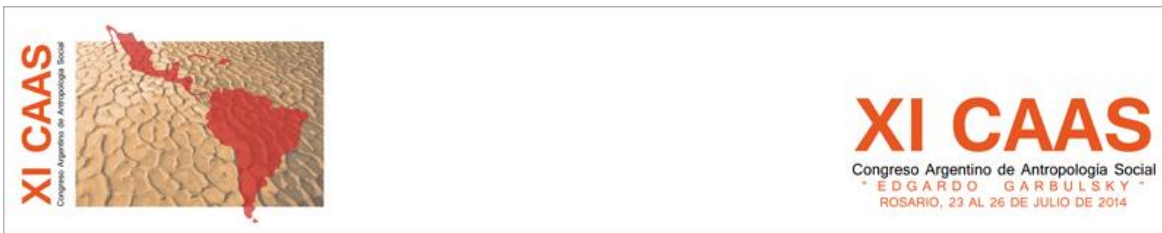


2008 (Ley 26.390), la generación de quienes actualmente tienen 14 años o más⁶ comenzó a ir a los yerbales partir de los 10 años –y en edades más tempranas para los hermanos mayores de las familias-. Desde entonces, los niños de familias *tareferas* acompañaban a sus padres y madres a los yerbales durante los recesos escolares de invierno y verano, y al inicio del ciclo lectivo (Roa, 2013).

Así, siguiendo la fenomenología de Kusch, puedo decir que en primera instancia, hay una inmersión del sujeto en el yerbal como suelo experiencial, que se da desde un estar-en-el-yerbal. Recordemos que para Kusch con el estar circunstancializamos al ser, poblando al mundo de una dramática inestabilidad: el “estar no más” (Kusch, 2000). Este principio fenomenológico se corresponde con las características de la vida en movimiento de las familias *tareferas*, una vida en la que lo que prima es la inestabilidad: de yerbal en yerbal, de trabajo en trabajo, de ciudad en ciudad, de casa en casa, de escuela en escuela. Dada la incierta multiocupación del sector –o mejor dicho la sub-multiocupación- como trabajadores temporarios agrícolas y en menor medida urbanos, y su condición de marginalidad social, los *tareferos* viven “al día” en un presente incierto que carece de toda planificación hacia el futuro. Es así que para un niño o joven de familia *tarefera* el yerbal resulta un ámbito finito de sentido por el que atraviesa su vida desde el “estar” en una época de *tarefa* con su familia, un “estar nomás en el yerbal”.

En el estar-en-el-yerbal el *saber hacer tarefero* se va haciendo cuerpo a través del aprendizaje por el juego y la ayuda familiar. Los mismos funcionan como una mimesis basada en una conciencia corporal del otro y uno mismo, por la cual el individuo incorpora predisposiciones (Jackson, 2011) vinculadas a la práctica *tarefera*. Éste es el caso de Daniel, que comenzó a ir al yerbal a los 4 años:

⁶ Hago esta indicación generacional, porque a partir de la implementación del Plan Social “Asignación Universal por Hijo” en las escuelas se observa una menor cantidad de deserción escolar, debido a que los niños ya no acompañan a sus padres y madres a la cosecha. Preliminarmente podría decir que esto se debe a dos factores: por un lado a que uno de los requisitos para su cobro es la escolarización de los hijos, por lo que los padres se ven obligados a respetar la currícula escolar de los niños; y por otro lado, el ingreso de la Asignación Universal suele reemplazar el aporte de las cónyugues e hijos en la ayuda en la cosecha, por lo que las mujeres prefieren quedarse en el hogar con sus hijos. De todas maneras, las estrategias familiares varían según los tipos de familias, la cantidad de hijos y el orden de hermanos.



Daniel: Yo me iba con él [mi papá] y tarefeaba también. Con yo íbamos los tres [su padre, su hermana menor y él]. [...] Mi papá hacía 4 líneas nomás. Yo iba a una y decíamos ¡jugamos a la carrera con papi! (Dice divertidamente) Y nosotros tarefeábamos. Yo cortaba línea (se corrige) yo estaba en una línea y cortaba todos los gajos. Y yo me iba a la mañana a tarefear, y sacábamos un... un raído, un raído y medio sacábamos con puchitos. [...] Con dos puchitos nosotros teníamos un raído desatado ya... con mi hermanita. Nosotros armábamos la ponchada y carreábamos donde estaba el raído. [...] mi papá cortaba las ramas y nosotros viruteábamos...

Entrevista a Daniel (14 años), Escuela Primaria del barrio 100 Hectáreas, Oberá, noviembre del 2011.

Con el tiempo, los movimientos del corte, quebranza, carga de puchos y el armado del raídos tornan precisos y ágiles, generando una comprensión carnal que precede y supera la mera comprensión visual y mental (Wacquant, 2006).

A lo largo de esta temprana socialización en el yerbal el sujeto aprehende una manera de estar-en-el-mundo y una economía del movimiento propia de la práctica *tarefera*:

1) una manera de estar-inmerso-en-el-mundo: la misma se expresa a través de la posibilidad que tiene el sujeto de “hallarse en el yerbal”. Dicha categoría nativa da cuenta de poder “sentirse cómodo” en el yerbal, lo cual implica:

a) un acostumbramiento del cuerpo a las condiciones climáticas del yerbal: el frío de la madrugada en el monte (durante las heladas) y del trayecto en el camión, el estar-bajo el rocío de la mañana, el calor del mediodía (puede llegar a los 30°C) y los insectos que despiertan en el monte, el intenso sol, el asecho de las víboras, los huecos de tatú entre las líneas del yerbal, etc;

b) *una organización espacio-temporal* que diferencia la época de cosecha de la de interzafra, los momentos del día en la cuadrilla (ver punto de economía del movimiento), y que se organiza en torno a una movilidad trazada por la cuadrilla conectando campo y ciudad;

c) *un estar-con-la-cuadrilla* en una relación de constante humorada al calor de chistes y gritos sapucaí⁷ que hacen eco en el eterno horizonte del monte. En este sentido, creo que el humor de la cuadrilla funciona como un estado del ser colectivo que permite atravesar las arduas jornadas de trabajo, que concentra el cuerpo en la labor y que hace que uno no se ponga “caigüe”, es decir desgastado, triste y por ende coseche menos.

Mamá de Alejandro: Después sí te acostumbrás [...]. Después como que no querés dejar más. Yo por lo menos... mi hija esa dice “mami, ¿para qué vos te vas a tarefear?”. (Pausa). Pero yo estando acá en casa parece que yo me enfermo, no estoy tranquila si no estoy trabajando. Porque estoy acostumbrada a eso [...]. Y en la casa ya no, porque en la casa vos hacés otro trabajo. [...] Y en el yerbal vos te vas y tu mente está sólo en tu trabajo.

Luz: *Sólo en eso. Como que estás concentrada.*

Ma: Sí, concentrada en ese trabajo. Y en tu casa ya no, vos tenés que concentrarte en todo. [...] Yo por lo menos no me hallo. [...]

Alejandro: En el trabajo yo me hallo.

Ma: Yo por lo menos estoy acostumbrada al yerbal. Porque si yo voy a ir a carpir... otro que no me gusta trabajar de empleada. [...]

Ma: [cuando termina la cosecha] Extrañás a las personas. [...] Uno extraña.

Sonia: Cuando para la cosecha uno queda triste por el trabajo mismo y a parte por los compañeros. [...] Porque para nosotros parece una diversión. [...]

Entrevista a Alejandro (19 años), su mamá y Sonia. Miembros de la cuadrilla de Antonio. Barrio Cuatro Bocas, Montecarlo. Mayo del 2012.

2) una economía del movimiento: el cuerpo del *tarefero* se entrena en una economía del movimiento en miras a sacar la mayor cantidad de yerba en el menor tiempo posible, desgastando las energías necesarias que permitan poder soportar el día, que permitan que “el día te rinda” –como dirían mis interlocutores-. Esta economía del movimiento contempla las variaciones del desgaste energético corporal según:

a) *el clima, el momento del día y del año:* durante la cosecha de invierno en las primeras horas de la madrugada las heladas permiten que las ramas del yerbal se

⁷ Grito largo y agudo de tradición guaraní. Su origen refiere a la leyenda del indio Sapucaí y su amigo Yací Verá, quienes murieron perdidos en el monte buscándose entre sí. En las cuadrillas de tareferos se escuchan recurrentemente gritos sapucaí que acompañan las humoradas de la cuadrilla, y los momentos más extenuantes del trabajo en el yerbal.

quiebren fácilmente; mientras que el mojado de las ramas por el rocío del amanecer hace que las mismas tengan un mayor kilaje; por lo cual conviene sacar la mayor cantidad de yerba durante esos momentos. Es por ello que durante estas horas del día el cuerpo libera el mayor desgaste energético, práctica que a su vez ayuda a calentarlo y de esta manera tolerar las bajas temperaturas del monte en la madrugada. Por otro lado, si en esos momentos se detiene la actividad, el cuerpo se enfría, y le agarra lo que localmente se conoce como "pasmadura": se hinchan las extremidades, se contracturan y acalambran los músculos, por lo que posteriormente resulta doloroso volver a tener la velocidad ideal para *tarefear*.

b) *El tipo de yerbal*: si el yerbal es viejo o no está cuidado la planta tiene menor follaje, por lo que se saca menor cantidad de yerba en una jornada. En esos casos no importa tanto la rapidez en el corte y quebranza ya que se sacará poco kilaje de todas maneras.

c) *El tipo de corte*: según los cortes que se pidan –bandera, melena, viruteo, entre otros- se saca mayor o menor kilaje, por lo cual en los cortes de mayor conveniencia como la bandera, conviene tener más rapidez durante el jornal porque se puede sacar mayor kilaje.

d) *La organización de la cuadrilla*: cada cuadrilla tiene modos de organización distintos. Los mismos varían según los horarios de carga de los raídos, la disciplina que promueva el capataz y la composición de la cuadrilla (como veremos más adelante varía según cuán guapos sean los tareferos). Esta manera de estar y este saber hacer *tarefero* hecho *habitus*, paulatinamente constituye un ser tarefero. ¿Qué significa esto?

II.2 Un saber hacer que constituye un ser.

A diferencia de las representaciones regionales locales -presentes en los discursos de los *tareferos* adultos, jóvenes, los docentes de las escuelas de los barrios, colonos, y otros sujetos sociales-, que caracterizan a la *tarefa* como una actividad poco calificada apta para quienes no tienen estudios; en los barrios y en las cuadrillas se diferencia al que *tarefa* del que es *tarefero*. Quien es considerado y se considera a sí mismo

*tarefero*⁸, es el/la que porta el conocimiento práctico del saber *tarefar*, el cual es posible si *tarefeó* desde pequeño de manera constante. Generalmente los hermanos mayores de las familias comienzan a ayudar a sus padres en el yerbal entre los 9 y 12 años, dejando los estudios tan pronto como cuando adquieren la práctica *tarefera* (ver Roa, 2012). A pesar de la importante valoración por la escuela que tienen las familias como modo de ascenso social, las privaciones económicas hacen que para los jóvenes resulte fundamental aportar económicamente en el hogar -desde edades tempranas para los hermanos mayores- y el medio más naturalizado para ello suele ser a través del trabajo en la *tarefa*, ya que pueden ir acompañando a sus familiares. De esta manera, el trabajo continuado durante tiempos prolongados permite la in-corporación de este saber hacer.

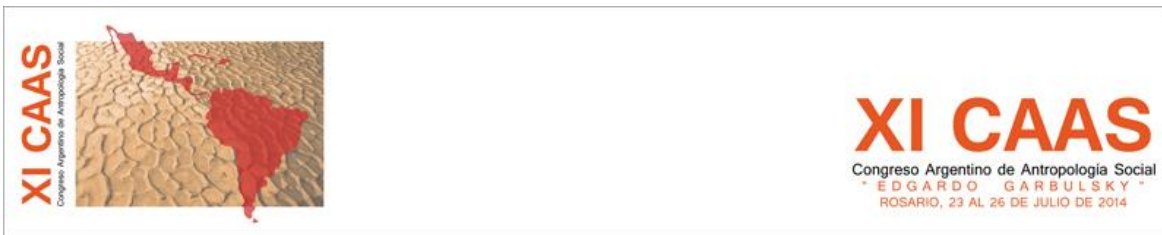
[...] Javier nos explicó que él nunca podía llegar a tener la práctica para *tarefear*, porque como iba solamente por

períodos de 15 días –coincidentes con las vacaciones de invierno- en el momento en se comenzaba a acostumar a cosechar y a tener más velocidad en el quiebre, era cuando tenía que dejar de cosechar. Por eso siempre viruteó y no cortó. Ya que para cortar hay que tener más práctica. Esto se debe a que después de esos primeros 10 días, ya te empezás a sentir como entrenado, el cuerpo te duele menos, no te cuesta tanto levantarte a las 4 de la mañana, como que funcionás. Hicimos la comparación como cuando uno comienza a trotar, que al principio cuesta, y después uno puede trotar más tiempo. “Eso mismo es en la *tarefa*”, me dijo Javier.

Notas de campo sobre charla con Javier (18 años) hijo de *tarefero* del Barrio San Lorenzo, alumno de la Escuela Técnica Secundaria del Barrio San Lorenzo. Montecarlo, mayo del 2012.

Los *tareferos* son quienes están todo el año a la espera de la *tarefa*, porque es entonces cuando perciben la mayor cantidad de ingresos. Ellos se identifican como *tareferos* porque la *tarefa* es el oficio que tienen fijo durante la mayor cantidad de

⁸ Digo *tarefero*, porque a pesar de que sea una ocupación que realicen tanto hombres como mujeres, la misma se vincula a roles de género masculinos. Es por ello que una mujer “guapa”, es decir que saca un kilaje promedio de yerba superior a los 400kg. se dice que “*tarefea* como un hombre”.



meses del año, y el oficio que por su práctica (rapidez, fuerza y economía corporal) les “conviene hacer”, les “rinde”⁹. Su cuerpo está preparado, su ser se “halla-en-el-yerbal”.

Patricia: Hay muchos que no son tareferos porque se mueven despacio... le buscan la vuelta. Y los tareferos no, van y con los pies van [hace un gesto con los pies como si avanzara por la capoeira, es decir las malezas entre las plantas de yerba].

Cristina: Como que un tarefero cuando va, va en alpargatas y va pisando lo que va y va...

P: Vos por ejemplo [me dice a mí] si vas a entrar en alpargatas al yerbal te vas a lastimar toda, pero el tarefero no.

[...]

C: Sí, no se lastima y no se cae porque...

P: No siente más el tarefero. [...] Es como que tiene el cuerpo preparado... [...]

Entrevista a Patricia (22 años), su hermana Cristina (25 años). Barrio Cuatro Bocas, Montecarlo, noviembre del 2011¹⁰.

Asimismo, entre los propios cosecheros se establece una diferenciación por la adquisición del conocimiento práctico que distingue a los “más guapos o guapas de la cuadrilla”, es decir, entre quienes tienen una mayor facilidad en la práctica. En las cuadrillas de *tareferos* esas diferencias se hacen notar continuamente durante las jornadas de trabajo, a través de los chistes y gritos sapucaí que se hacen los *tareferos* entre línea, en los cuales se carga a los más lentos. A su vez, en la cuadrilla se hacen competencias entre quienes sacan mayor cantidad de raídos –generalmente entre los hombres-. Cuando uno termina de armar un raído, lo golpea con la estaca de la ponchada, de manera tal que el eco del sonido del golpe comunique a quienes están tarefeando en las otras líneas lo “guapo” que es¹¹. Esas competencias funcionan como

⁹ En cambio, quienes *tarefean* sólo de manera ocasional no se consideran tareferos, sino que la tarea resulta el peor oficio de todas las changas urbanas o rurales que puedan conseguir.

¹⁰ Dos años después de escuchar este relato (en abril del 2013), experimenté por mi propio cuerpo lo que me explicaban Patricia y Cristina luego de tres jornadas acompañando a cuadrillas en los yerbales. Por el simple hecho de estar-en-el-yerbal y ayudar viruteando a dos tareferos amigos, mis manos estaban infectadas por las picaduras de varios bichos, apenas podía doblar los dedos de mi mano izquierda, estaba cansada por el sol, resfriada por el frío de la mañana, y hacia el mediodía me picaban las piernas por las hormigas y las espinas de la capoeira, los brazos y las manos por múltiples insectos.

¹¹ Los tareferos incluso se dan cuenta por el tipo de sonido que hace la estaca sobre el raído el peso que puede tener el raído del compañero. En este sentido, el estar-en-el-yerbal implica el desarrollo de una percepción auditiva porque es difícil ver a los compañeros entre línea y línea, ya que las plantas tapan el campo visual del cosechero.

una suerte de incentivo para sacar mayor kilaje, así como también las comparaciones de cuánto sacó cada uno al terminar el día¹².

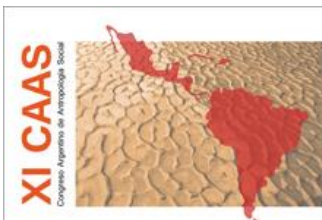
Para concluir lo visto hasta aquí, creo que las tempranas socializaciones en el yerbal van constituyendo un saber hacer *tarefero* que se objetiva en un ser *tarefero* ligado a tal oficio. Para comprender la experiencia del ser *tarefero*, es menester considerar la *Sinnggebung* –como diría Merleau Ponty- que tiñe los múltiples ámbitos finitos de sentido en los que se despliegan las vivencias de los jóvenes *tareferos*, o como diría Kusch, el suelo significativo en el que estamos en el mundo. El mismo está teñido por la injuria desde la más temprana infancia.

III. Un mundo de injurias

Así como la yerba mate es conocida localmente como un producto noble que le otorga identidad a la región, siendo Misiones una provincia cuyo “mito de origen” se vincula al proceso de colonización agrícola e inmigración europea; los trabajadores agropecuarios han sido tradicionalmente excluidos de las representaciones hegemónicas (Rau, 2005). En este sentido, en la región la *tarefa* es considerada como la ocupación más baja de todas las que se pueden hacer y el yerbal como el ámbito más indigno donde se pueda trabajar. La *tarefa* y yerbal se encuentran así permeados por la injuria desde el comienzo de la experiencia. Tal es así que en Misiones la palabra *tarefero* muchas veces es utilizada como un insulto en ámbitos como la colonia, el barrio, la escuela o el centro urbano.

¹² Lo que se lleva para comer también funciona como una distinción que diferencia al *tarefero* del “gallo blanco” –término que me decían a mí por ejemplo-. El que es *tarefero* lleva en su matula –vianda- reviro –engrudo que se hace con harina y aceite- con carne frita, una comida lo suficientemente pesada como para aguantar el día entero comiendo sólo una vez. En cambio los “gallos blancos” llevan comidas más livianas, como pan, sándwiches, empanadas, etc.

Lo que se lleva para comer también funciona como una distinción que diferencia al *tarefero* del “gallo blanco” –término que me decían a mí por ejemplo-. El que es *tarefero* lleva en su matula –vianda- reviro –engrudo que se hace con harina y aceite- con carne frita, una comida lo suficientemente pesada como para aguantar el día entero comiendo sólo una vez. En cambio los “gallos blancos” llevan comidas más livianas, como pan, sándwiches, empanadas, etc.



XI CAAS
Congreso Argentino de Antropología Social
"EDGARDO GARBULSKY"
ROSARIO, 23 AL 26 DE JULIO DE 2014

Foto 5



Tareferos esperando al camión a las 5.15am.
Fotografía de Diego Marcone. Barrio Cuatro Bocas,
Montecarlo, abril del 2013

Foto 6



Tareferos regresando del yerbal. Fotografía de Diego
Marcone. Montecarlo, abril del 2013.

En el mundo de los *tareferos* “en el principio hay la injuria”. Ella es el horizonte de sentido sobre el cual están arrojados los sujetos desde su más temprana infancia. La injuria se posa en sus cuerpos y espacios: los marca, señala, identifica desde los ojos de un otro que los aborrece. A través de la injuria la persona se distingue negativamente del resto de los miembros de su sociedad, siendo amenazada por el descrédito, el aislamiento social y el desprecio. Se naturaliza así una animosidad basada en la desposesión y explotación histórica propia de su posición de clase (ver hoja III capítulo 4), radicalizándose la cruda marginalidad de todos los días. La injuria somete la carne y alma del sujeto, constituyendo una corporalidad que hay que ocultar y una emocionalidad avergonzada del sí mismo, aquebrantada por trayectorias de sufrimiento. Este basamento cultural se organiza en torno a lo que Mario Margulis (1999^a) llamó racialización de las relaciones de clase, lo cual refiere a las manifestaciones de exclusión, discriminación y rechazo dirigidas a clases sociales subordinadas. Las mismas presentan una heteroglosia que da cuenta de una yuxtaposición de lenguajes, actitudes, culturas y subculturas que operan solidariamente bajo formas complejas de intersección; excluyendo y discriminando a una población con rasgos étnicos de descendencia guaraní o mestiza; origen migratorio de las colonias rurales (de municipios de la provincia de Misiones, o territorios cercanos de Brasil para el caso de Oberá, y Paraguay para el caso de Montecarlo); estilos estéticos (formas

locales de ser y hacer) vinculados a la condición de clase obrera rural; y residencia en los barrios periurbanos. Tales significaciones dejan sus huellas en la asunción propia del ser tarefero. A continuación me detengo a describir el mundo de injurias en que se sitúan los jóvenes -organizado en torno a los procesos de racialización de las relaciones de clase- y su performatividad (Butler, 1997) en la constitución de subjetividades inferiorizadas.

III.1 La estigmatización del cuerpo

Uno de los aspectos peor vistos de la *tarefa* es la suciedad que deja en el cuerpo (ver foto 4 y 5), por eso el comentario más inmediato referente a los *tareferos* se asocia a la calificación yaré, es decir, el tarefero sucio en guaraní. Esta suciedad los asemeja a alguien cercano al esclavo, sin derechos, en alguien similar a un animal de carga.

Pulga: [...] un tarefero vos entrás temprano a la mañana. Vos entrás temprano a la mañana, vos entrás con un cocido

y una la yerba que te mojás todo. Salís como un chancho de ahí. Entonces es sucio.

Carlos: Sí, vos te vas limpio es sólo un día.

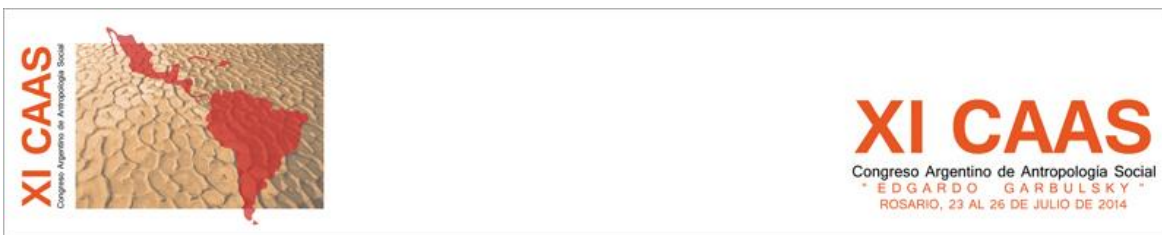
P: Un ratito, media hora. Y un albañil vos estás todo el día limpio trabajando. [...] Pero la yerba no. Vos te ponés un pantalón lunes y no te vas a estar cambiando todos los días. [...] La tierra es colorada, y vos sacás el raído en tu espalda, tenés que agacharte, tenés tus rodillas, tu espalda chorreada de agua sucia [...] Y vos salís como un chancho de ahí. Por eso le dicen "tarefero yaré" le dicen al tarefero, tarefero sucio.

Luz: ¿Yaré qué significa?

P: Yaré en guaraní se dice tarefero sucio. [...] Y vos a donde te vas lo primero que te dicen "¡eh! ese es un tarefero sucio!", "un tarefero yaré" le dicen. Un tarefero sucio ¿entendés? Siempre fue así. El que menos ganaba.

Entrevista a Carlos y el Pulga (tareferos adultos). Barrio San Lorenzo, Montecarlo, noviembre del 2011.

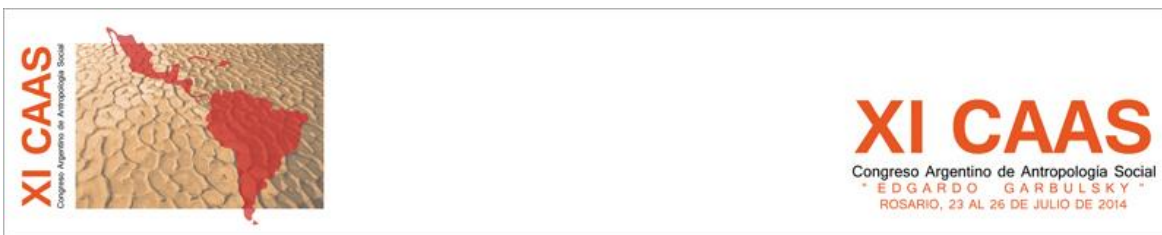
Los *tareferos* se mueven a espaldas de la ciudad, en sus sombras y noches. Sus horarios de tránsito por el centro con las ropas y marcas del yerbal se restringen a los momentos de salida con el camión hacia las fincas durante a las horas de la madrugada (foto5), cuando la ciudad duerme. Entonces sus cuerpos están cubiertos por ropas y



ponchadas, sus caras se esconden tras cubre-montañas o gorros que los protegen del frío y las miradas, sus voces están apagadas. Al regreso del yerbal (foto 6) resulta recurrente que los niños de las colonias les griten “¡tarefero yaré!”, en esos momentos los gritos sapucais que acompañaron la jornada se callan, las miradas se tornan esquivas. Vergüenza. Al atardecer, los camiones evitan el centro, dirigiéndose por caminos alternativos que los lleven al barrio. Y ni bien llegan del barrio, los *tareferos* se apresuran por bañarse, por sacarse las marcas de la tierra colorada en su cuerpo. Una tierra que cuesta tanto sacar. En una ocasión el Tuti –tarefero de una de las cuadrillas cuadrilla en la que observé- se cortó un dedo con el serrucho en el yerbal, y fue buscado por el contratista para que lo atiendan en el hospital. En ese momento, a pesar de estar perdiendo sangre de su mano y de posiblemente estar infectándose la herida, lo primero que quería hacer era pasar por su casa para cambiarse, de manera tal de no ir con la ropa de trabajo al hospital, de no estar “como un chanco” frente al doctor, y luego esperar sucio el colectivo en el centro. El contratista lo llevó directamente al hospital, porque para que el seguro lo cubriera tenía que ir desde el trabajo, situación que a Tuti le generó una profunda vergüenza e incomodidad.

Otro de los comentarios recurrentes que refieren a los *tareferos* se asocia con el color de la piel, así como también con el curtido que ésta presenta tras innumerables jornadas de sol a sol en el yerbal. Ello se simplifica en la afirmación: los *tareferos* son negros. De esta manera, el color de piel los categoriza a priori como alguien inferior a los gringos –descendientes de los colonos productores de yerba de origen europeo-, y en sus protestas son calificados como negros, vagos que no quieren trabajar. Estos términos son recurrentes en los cortes de ruta de los tareferos en los momentos previos al comienzo de la cosecha¹³ o tras finalizar la misma. Tales calificativos y estereotipos

¹³ Algo sumamente interesante de esta cuestión, es que desde el 2002, tras la llamada “crisis de la yerba” muchos de los cortes de ruta fueron en asociación entre los tareferos y los colonos, para pedir por la suba del precio de la yerba, o en reclamo por subsidios en la constrastación. A su vez, a partir del 2008 a raíz de un conflicto con el ANSES por la devolución de Asignaciones Familiares de tareferos retenidas por el organismo se incrementaron las protestas de tareferos. Desde entonces uno de los mayores epicentros de las protestas es en Montecarlo, donde desde el 2009 existe el Sindicato de Tareferos de



que asemejan al tarefero a alguien cercano a un esclavo, a un animal de carga, se reproducen en las escuelas, donde un insulto típico entre los chicos es la simple palabra “*tarefero*”; en los boliches bailables y bailantas “de negros” de la ciudad, es decir donde van los jóvenes de sectores populares¹⁴, etc. En estos distintos ámbitos, desde edades tempranas los niños y jóvenes se van socializando dentro de estas valoraciones relativas a que “los *tareferos* son los más bajos de todos, son los que no tienen estudios, son los más ignorantes”.

Sandra: Para tener más [...] O sea, porque a veces los chicos la mayoría dice “no, esa pobrecita, es pobre, no sé qué, mandioquera, no sé que...” [...] Y o sea los chicos me veían menos que todos, así: “¡ay! la mandioquera! ¡la tarefera!”, la ¡buh! De todo.

Luz: Ah, ¿te dicen así?: “¡ay! tarefero”.

S: Porque la tarea es el peor, el peor. Como que si fuera un delito, el tarefero. O sea, ellos le ven como debajo a los

tareferos. [...] hay algunos que “no, yo no me junto con ese que es tarefero”.

Entrevista a alumnas de 1º año (13 y 15 años) de la Escuela secundaria del Barrio Oberá 4. Oberá, marzo del 2011.

A partir de este tipo de discursos y prácticas ideológicas, la injuria tarefero yaré deforma el sentido de la palabra *tarefero*, modelando las relaciones con los demás y el mundo (Eribon, 2001). Ser *tarefero* se reduce a ser yaré, vago, lo más bajo, lo más vergonzoso. Esta injuria genera el efecto de separación entre los normales blancos de los estigmatizados negros, contribuyendo a un mayor hostigamiento de la población, adjudicando y legitimando el peor lugar de todos a aquellos identificados con estos estigmas.

Montecarlo (ver los seguimientos de la problemática por la periodista Alicia Rivas Zelaya de la Radio Universidad de Misiones).

¹⁴También sus rasgos corporales hacen que sean sospechosos para la policía, siendo uno de los blancos preferidos por las fuerzas de seguridad en los pedidos de documentos durante los momentos en que están en el centro durante horarios “no permitidos” como la noche de los fines de semana.

III. 2 Barrios malditos

Tanto en Oberá como en Montecarlo, los barrios que concentran tareferos se expandieron a partir de mediados de los años '90 y continúan expandiéndose en la actualidad a pasos agigantados. La mayor parte de sus habitantes fueron expulsados de las villas de trabajadores agrícolas en las colonias, de las fincas de los patrones o emigraron de sus pequeñas explotaciones rurales, donde tenían su residencia. Tras esta expulsión, comenzaron a asentarse en territorios fiscales -inicialmente con las mismas carpas de polietileno que usaban en los campamentos tareferos- dando origen a villas miserias ubicadas a los bordes de las ciudades. Hacia el 2008 estas villas se fueron urbanizando, conformando barrios periurbanos¹⁵ o comenzaron a ser relocalizadas en otros barrios existentes en territorio rural y urbano. Estos barrios son los más estigmatizados de las ciudades. Las habladurías y la opinión pública (presentes en los medios de comunicación locales) concentran la delincuencia, drogas, alcoholismo, conflictos familiares, y demás problemas en los barrios *tareferos*, estigmatizaciones que los propios jóvenes perciben en las escuelas, las salidas y en los usos de la ciudad. De esta manera, el hecho de vivir en los barrios de San Miguel, Cien Hectáreas o Sargento Cabral en Oberá; en Malvinas, San Lorenzo o Cuatro Bocas en Montecarlo “implica una asunción automática de indignidad social e inferioridad moral que se traduce en una aguda conciencia de la degradación simbólica asociada al confinamiento en un universo aborrecido y menospreciado” (Wacquant, 2007: 136).

Gerardo: En el centro siempre que hay pelea dicen que es por los de San Lorenzo.

Leonardo: Es siempre San Lorenzo, no sé por qué la bronca.

G: “Son todos de San Lorenzo” nomás te dicen. Siempre de San Lorenzo son...

Le: Nunca nombran a otro barrio, siempre es San Lorenzo.

L: ¿Y qué es lo que dicen que... que tiene San Lorenzo?

¹⁵ La urbanización de las villas se lleva a cabo fundamentalmente mediante programas sociales como el Promeva –Programa de Mejoramiento de los barrios–, el Plan Techo dependiente del Instituto Provincial de Desarrollo Habitacional, entre otros. Estos programas provisionan de agua corriente, baños, electricidad en los barrios; así como también construyen calles y veredas. Por otro lado durante los últimos 3 años observé importantes mejoras de las escuelas primarias de los barrios –generalmente tras piquetes de los vecinos–, así como también comenzaron a construirse escuelas secundarias.

Le: Que son... digamos que son chorros, que son faloperos. O... a ver, que son patoteros, algo así. Todas esas

boludese. O sea, cosa que: uno que no nos gusta la droga, dos que casi no armamos problemas en el centro –sólo si

nos buscan-. [...] Para eso salimos todos en grupo, grupo de 50, 60... Pero sino... o sea ni nadie arma bronca nada

que ver, tranquilo.

Entrevista a Gerardo (17 años) y Leonardo (19 años), Barrio San Lorenzo, Montecarlo, noviembre del 2011.

De esta manera, se da lugar a una estigmatización que conjuga la práctica *tarefera*, la descendencia étnica y la residencia en los barrios periurbanos. Es así que me pregunto: ¿cómo experimentan estas estigmatizaciones los jóvenes?

Foto 7



Tareferos en la Liga de fútbol de los sábados. Fotografía de Diego Marcone. Montecarlo, abril del 2013.

Foto 8

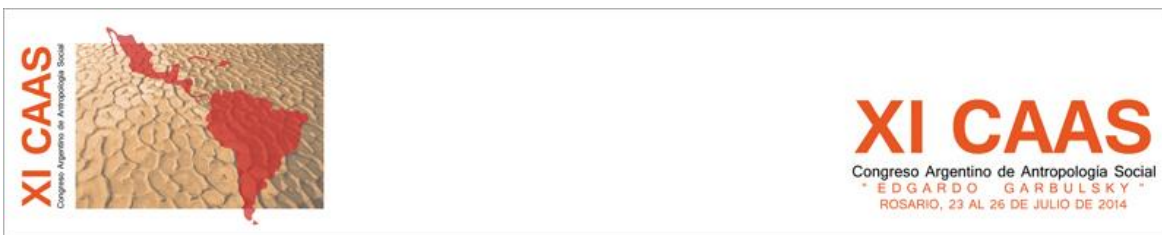


Los pibes de la esquina (tareferos) con la socióloga y el trabajador social Sergio Vega. Fotografía de Diego Marcone. Montecarlo, abril del 2013

IV. Subjetividades inferiorizadas

En el presente apartado me pregunto por las formas de experimentación juveniles de la estigmatización conjugada. Para ello, me detendré a analizar cómo la *tarefa* se vivencia como un conocimiento práctico estigmatizante, el cual enlaza marcas en el cuerpo dejadas por tarefear y estar-en-el-yerbal, una emocionalidad vinculada al sufrimiento, y el confinamiento en los barrios periurbanos.

IV. 1 Maneras de sentir



A lo largo de trayectorias marcadas por la injuria se va dando forma a una paleta de sentimientos corporizados intrínsecamente relacionados al ser-en-el-yerbal y los sentidos ideológicos presentes en el mito del tarefero yaré, los cuales son constituyentes de una manera de sentir: el sufrimiento tarefero. Este sentimiento se encuentra asociado a las duras condiciones que experimenta el cuerpo en-el-yerbal y a la vergüenza que genera el mito del tarefero yaré. El frío de la noche, las lluvias, el calor, “las mojaduras”, la preocupación y dolor permanentes que ello genera, las experiencias descalificativas hacia los tareferos parecen acumularse en el cuerpo a la manera de sedimentos del sufrir. A través de la acumulación de los duros penares en las sucesivas cosechas se constituye una manera de ser ligada al sufrimiento, en trayectorias que parecen estar conducidas por el inevitable destino trágico del pobre. El tarefero porta el estigma de practicar una actividad “de negros” que lo convierte en alguien cercano al esclavo, sin derechos, con una pobreza que desespera, un hombre o mujer sufrido/a que se funde tempranamente en el yerbal¹⁶.

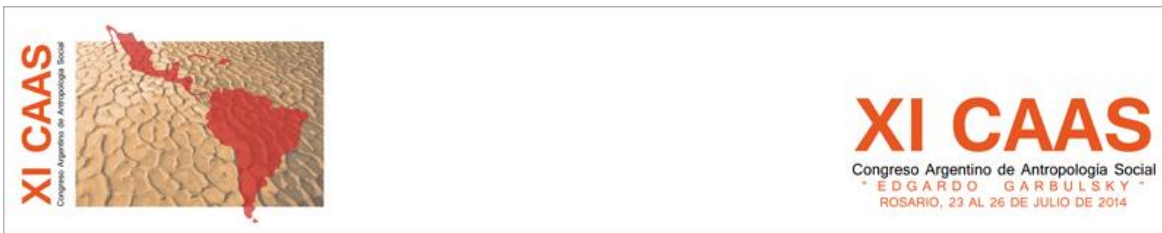
19

IV.2 Prácticas de microjerarquías e intra-discriminaciones

Entre los jóvenes de familias *tareferas* se establecen diferencias y micro-jerarquías que distinguen a los jóvenes tareferos de los jóvenes que practican ocasionalmente la tarefa durante las vacaciones. Los jóvenes *tareferos* –quienes adoptan la manera de ser *tarefera*– son quienes dejaron la escuela y se dedicaron a la *tarefa* durante toda la temporada. Más allá de las circunstancias de extrema necesidad que generalmente hicieron que estos chicos se inserten en el mercado laboral yerbatero, el saber *tarefear* se lleva como un castigo por no haber sido mejor, por no haberse quedado en la escuela, por ser vago y burro. Para este grupo su destino parece tener el mismo sufrir

¹⁶ “aquel que tarefea experimenta la cosecha como una labor que va “fundiendo” paulatinamente su cuerpo, desgastando rápidamente sus energías vitales. Esto significa que los jóvenes insertos en la tarefa pierden precozmente

su fuerza vital, y por ende su juventud. Sus cuerpos fuertes para el trabajo se debilitan por el prematuro y constante esfuerzo de cargar los puchos y raídos, los frecuentes accidentes en el yerbal y las rutas, las picaduras de víboras y otros insectos, el estar bajo la lluvia, el sol, el calor, el frío, el rocío.” (Roa, 2013: 335).



que el de sus padres que lo portan desde la temprana fundición de sus cuerpos, asumiendo una identificación como *tareferos* sufridos. Los últimos son vistos como la juventud perdida para los primeros, como los “borrachos de la esquina”¹⁷ (foto 8), los burros malgastadores, situación que genera constantes intra-discriminaciones en el barrio.

IV.3 Prácticas de retraimiento social y chivos expiatorios

Dadas las actitudes discriminatorias hacia los/as jóvenes de los barrios estigmatizados en las escuelas, boliches y otros espacios de la ciudad; los jóvenes se retraen socialmente, reuniéndose únicamente con chicos del barrio y autoexcluyéndose de transitar por los ámbitos “no permitidos”.

Así la elección de las escuelas primarias y secundarias, clubes de fútbol e iglesias se restringe a “los que son de negros” en donde son todos iguales por lo que hay menos posibilidades de ser discriminados. Dicho retraimiento genera rivalidades entre los/as jóvenes de los barrios que profundizan el cisma espacial y social.

Por otro lado, se establecen chivos expiatorios que reproducen las prácticas de discriminación que ellos mismos experimentan. Esto sucede por ejemplo con “los vecinos nuevos del barrio”, quienes suelen ser calificados como “villeros”, “drogadictos”, “borrachos” y “chorros” en el momento de instalarse con sus ranchos de madera en el barrio; o “agrandados” en el caso que tengan consumos aceptados o mejoras en la casa y se junten con gente de “barrios mejores”. Estas hostilidades producen fraccionamientos en el barrio, territorios permitidos y prohibidos por donde los grupos de jóvenes pueden o no pasar. Doy un ejemplo ilustrativo de este mecanismo: en Oberá corrió un rumor –que hasta fue desmentido por el intendente a través de los diarios– según el cual iban a traer villeros de la villa 31 de Buenos Aires al barrio de San Miguel

¹⁷ Durante los fines de semana, cuando los tareferos bajan de los campamentos, los jóvenes se juntan a tomar en las esquinas del barrio y salen a las bailantas de la ciudad. Es así que en las familias tareferas los hombres suelen tener problemas de alcoholismo, mientras que son recurrentes los casos de violencia familiar (algo que está completamente naturalizado en los barrios). En cambio, las mujeres que tarefean durante los descansos de la cosecha suelen estar ocupadas en las tareas domésticas del hogar, o en el cuidado de sus hijos.

–un barrio tradicionalmente tarefero, y calificado como el epicentro de todos los males-. Este rumor era una de las preocupaciones frecuentes de los vecinos/as durante el año 2011 y contribuyó a que se establecieran las zonas de los viejos y los nuevos en el barrio (migrantes de zonas rurales u otros pueblos de Misiones), cuyos habitantes tenían resentimientos entre sí.

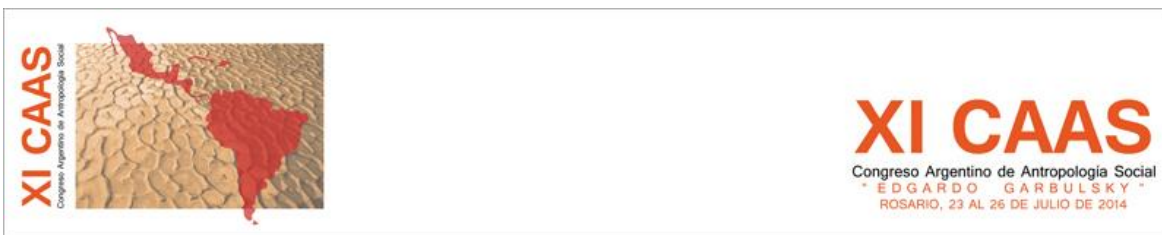
IV.4 Estrategias de ocultamiento y clausura

Otro modo de experimentar el estigma de la *tarefa* por los jóvenes es a través de estrategias de ocultamiento tales como: 1) el uso de ropa de moda y zapatillas de marca para salir del barrio; 2) una excesiva limpieza corporal durante los fines de semana: por ejemplo, los/as jóvenes que salen a las bailantas pueden pasar horas limpiando sus manos con lavandina para sacar el teñido de negro que deja la *tarefa* en las manos; 3) consumos que dan distinción: tales como una moto o equipos de música; y 4) el ocultamiento sobre lo que se trabaja en los boliches, el barrio, etc.

21 Por último, a lo largo de los avatares de sufrimiento no hay tiempo para pensar en tantos dolores, no hay tiempo para duelos, no hay plata para psicólogos que calmen el mal tarefero. Simplemente se sigue adelante a través de estrategias de clausura que permitan “no pensar” “no ponerse triste”. Como me dijo Cristóbal aquella lluviosa mañana: “cuando te ponés a pensar cagaste, ahí te enfermás de tristeza”. Para eso ayuda el alcohol, o las distracciones en las ligas de fútbol (foto 7) de los barrios, lo cual funciona como una especie de incentivo para seguir adelante.

V. Conclusiones

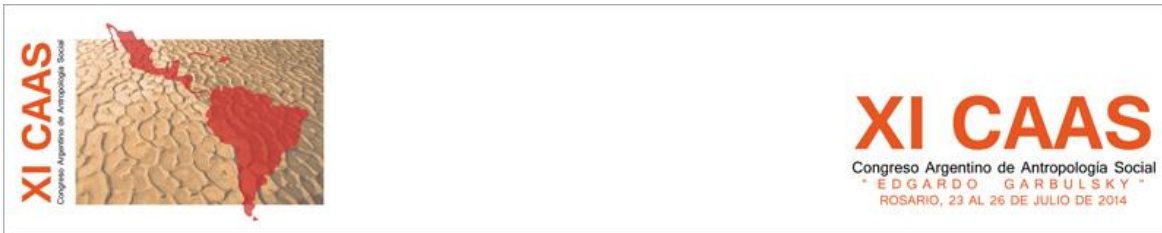
En el presente trabajo pongo de manifiesto los caminos hacia la constitución del “ser *tarefero*” que emprenden los jóvenes de estas familias. Sostengo a modo de hipótesis que el saber hacer *tarefero* es una práctica compleja, íntimamente vinculada a la conformación de una corporalidad *tarefera*, desplegándose como una alquimia experiencial que abarca una corporalidad, una sinergia y una emocionalidad constituidas desde la inmersión del sujeto en el yerbal como ámbito finito de sentido y



en particular, desde la intersubjetividad de la cuadrilla. Asimismo, pongo de manifiesto algunas prácticas de discriminación hacia los jóvenes *tareferos* y los procesos de significación de la práctica *tarefera*. La estigmatización modela el sentido del ser tarefero (que implica una manera de ser constituida por un estar-en-el-yerbal y por una práctica in-corporada), tornando a la práctica *tarefera* en una injuria performativa que organiza las relaciones con los demás y el mundo. Ser *tarefero* se reduce a ser *yaré*, conjugando una estigmatización a la clase social, el color de la piel y el confinamiento en los barrios periurbanos. Esta estigmatización se experimenta desde el dolor de la carne, dando forma a una paleta de sentimientos que constituyen una manera de sentir *tarefera* organizada en torno al sufrimiento. Así, los jóvenes se resisten a identificarse como *tareferos*, a sufrir como lo hicieron sus padres, por lo que realizan diversas prácticas de diferenciación, encubrimiento, distanciamiento y clausura social que revelan la conflictividad y estrategias de distinción en el interior del sector.

VI. Bibliografía

- Butler, J. (1997): Lenguaje, poder e identidad. España. Editorial Síntesis.
- Csordas, T. (2011): "La in-corporación como paradigma para la antropología". En: Cabrera, P., Lozano Rivera, C. y Roa, M.L. Fichas del Equipo de Antropología de la Subjetividad. Alquimias Corporales. Buenos Aires. OPFYL, Universidad de Buenos Aires.
- Eribon, D. (2001): Reflexiones sobre la cuestión gay. Barcelona. Editorial Anagrama.
- Jackson, M. (2011): "Conocimiento del cuerpo". En Citro, S. (comp.), Cuerpos Plurales. Antropología de y desde los cuerpos. Buenos Aires. Editorial Biblos/Culturalia.
- Kusch, R., (2000): "El mero estar" y "17. La encrucijada de estar no más". En Obras completas. Tomo I, Santa Fe, Fundación Ross.
- Margulis, M (1999): "La racialización de las relaciones de clase". En Margulis, Urresti y otros, La segregación negada. Biblos. Buenos Aires.
- Rau, V. (2005): Los cosecheros de yerba mate: mercado de trabajo agrario y lucha social en Misiones. Tesis inédita



de doctorado en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

-Roa, M.L. (2013): "Tarefa que me hiciste sufrir... La emocionalidad en la constitución del self de los jóvenes de familias tareferas". En Revista Trabajo y Sociedad, N° 20, INDES, Universidad Nacional de Santiago del Estero.

-Wacquant, L. (2006): Entre las cuerdas:

cuadernos de un aprendiz de boxeador. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Fuentes primarias

Entrevistas y notas de campo realizadas durante los años 2008, 2010, 2011, 2012 y 2013.

Diario de campo año 2011, 2012, 2013

Fotos tomadas por Diego H. Marccone en trabajo de campo, Montecarlo, mayo del 2012 y abril del 2013